

EL FILANTROPO POBRE

El porqué le daban el nombre con el que todos le conocíamos es verdad que nunca lo he podido saber. Era un hombre extraño, de regular estatura, con anchas y fuertes espaldas que los años habían encorvado un poco. Su cara recordaba por sus trazos y color la de un viejo gitano, con unos rasgos tan especiales que bien hubiese podido ser la ambición de cualquier artista para plasmarlos en la blanda arcilla o en la dura piedra; aquel labio prominente, caído, la nariz fuerte y aguileña; siendo feo aquel rostro tenía un encanto especial, quizás fuera por aquella red interminable de finas arrugas, infinitas rayitas, surcos que los años y también la vida con su afilado cincel había grabado en ella o, tal vez, por la inmensa bondad que reflejaban sus oscuros y brillantes ojos.

Andrés "el Ratón" era un personaje muy pintoresco. Nunca soportó los zapatos. De andar sin ellos las plantas de sus pies estaban de tal forma encallecidas que eran como una gran suela protectora, y era en esa dura callosidad donde siempre que fumaba encendía las cerillas. Al andar con botas, o tan siquiera con alpargatas, parecía sentir lo que el prisionero que padece claustrofobia siente al verse encerrado en una mazmorra; sus pies enormes, anchos, aplastados, de grandes juanetes, tan sólo soportaban el ir calzados una hora, quizás ni tanto; después se quitaba los zapatos, los ataba uniéndolos por los cordones y se los colgaba al hombro o bien se los vendía al primero que los quisiera. Lo mismo hacía con la ropa y con todo lo que poseía. No era extraño verlo por las mañanas con su traje nuevo, flamante, pasear por las calles, con sus pies descalzos de andares patunos, para más tarde volverlo a encontrar con un raído pantalón, una vieja camisa y una guerrera de militar o un viejo y deshilachado gabán.

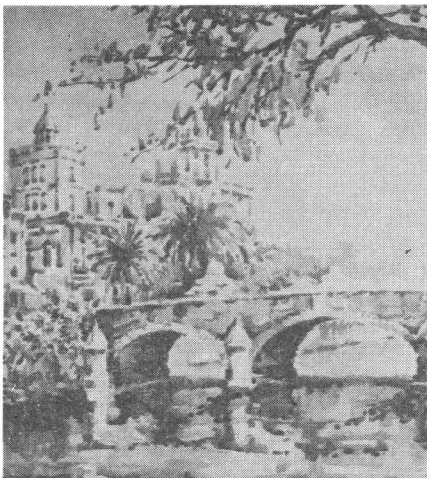
No podemos imaginarnos cómo podía reunir siempre tantas cosas diferentes, trajes, paraguas, cuadros, cocinillas... bien es verdad que con la luz del día empezaba la búsqueda de "tesoros" en cualquier cacharro de basura que encontrara. Quien quería deshacerse de algo, siempre le llamaba. El lo aprovechaba todo, lo arreglaba, lo bruñía hasta hacerlo brillar para luego sacar por ello unas pocas pesetas.

Su fuerte eran las "joyas", todas ellas de metal o plata muy baja, las que abrillantaba por obra y gracia de su enorme boca, en donde se las introducía, y con algo "misterioso" que nos figuramos contenía su saliva, algo tan fantástico como el mejor limpia-metales. Al rato de tenerlas zarandeándolas de un lado para otro, las ponía sobre la manga de su chaqueta, las secaba con mucho cuidado y las miraba extasiado,

viéndolas brillantes, relucientes, como si acabaran de salir del taller del más afamado pulidor.

Tenía una gracia especial para hacer sus ventas, desplegaba tal picaresca e ingenio entre la oferta y el regateo, que lograba convencer al cliente de todo el valor que tenían sus baratijas, y del negocio que hacía comprándoselas a tan bajo precio. La mujer que venía del campo a la ciudad para hacer sus compras, el muchacho que quería obsequiar a la novia con el anillo o pulsera de "plata", a toda esa gente modesta, él le vendía sus joyas que relucían primorosas y por las que sacaba muy poco dinero.

Su aspecto rudo y descuidado cubría un gran corazón. Andrés "el Ratón" era un filántropo. Nunca tuvo nada suyo, lo poco que poseía lo compartía o daba a la madre que tenía un hijo enfermo, o al viejo necesitado o a cualquiera que tuviera necesidad, aquel "pobre rico", tenía



sus pobres a los que socorría, y se ocupaba de todos aquellos que fueran más felices que él, a los que ayudaba, aunque al día siguiente, él, no tuviera ni un céntimo; "mañana Dios dirá", decía siempre.

Amaba a los niños. A veces se le veía llamándolos para darles caramelos, otras les mostraba ante sus admirados ojos sus baratijas, sus medallas y condecoraciones por las que él sentía un gran orgullo. Con mucha frecuencia las lucía sobre su pecho: paseándolas por toda las calles con aire marcial gozaba como un chiquillo. Le gustaba también ense-

ñar estampas de cuadros célebres y al chiquillo que quisiera alguna, por muy poco o nada, tan sólo por verle la ilusión brillar en los ojos, le ponía en la mano la que quisiera.

Andrés no era un vagabundo, no andaba errante de un punto a otro ni tampoco era holgazán. Su deambular diario era la Plaza del Mercado, el Puente de Palo, la Calle de Triana, el Parque de San Telmo y la Plazuela, en el casco antiguo de Las Palmas de Gran Canaria. En todos estos lugares vendía a todo aquel que cayera en su brillante red, llena de anillos de "oro", pulseras de "plata", relojes "suizos" ¡que andaban!... ¿por qué lo hacía? Esto siempre ha quedado en el mayor misterio, pero lo cierto es que aquellos relojes andaban, unas horas, a veces unos días, para luego quedar en el más absoluto silencio; todo era tan barato que sus ganancias no llegaban más allá de unas pocas pesetas, las suficientes para mal vivir y ayudar a otros.

Para él, su verdadero señorío era el viejo Barranco de Guiniguada, en el que vivía. Su mansión tenía por techo el infinito cielo y el vetusto Puente de Palo. En este barranco contaba a veces cómo buscó oro en su juventud; aquí también dormía hasta que los años y el reuma le fueron alejando de él. Después lo hacía en un zaguán amigo de la calle de la Pelota, que le prestaba cobijo.

A los ochenta años de vida no tenía nada suyo, ni tan siquiera un techo sobre su cabeza, tan sólo poseía su enorme bondad y un corazón generoso que, pese a su pobreza, no le impedía remediar algo de las miserias de otros. Raro ejemplo de humanidad en este mundo egoísta, raro ejemplo digno del mayor elogio.

La enfermedad y los años fueron minando gradualmente su fuerte constitución. Cuando no se sentía bien se iba al Hospital de San Martín y allí, donde todos le querían, le metían en la cama y le curaban. Después, desde que se sentía algo mejor, se marchaba. Se iba a deambular de nuevo por sus calles, por su Barranco. Un día se sintió tan enfermo que tuvieron que internarle en el Hospital Psiquiátrico.

No, no murió en su reino este caballero del Guiniguada, murió en su cama con blancas y limpias sábanas, rodeado de cariño y simpatía. Las manos piadosas de una monjita le cerraron sus ojos.

Así murió un "filántropo pobre", así murió un hombre de gran corazón que nunca tuvo nada suyo, ni tampoco nunca pudo soñar que, un día, una calle de las inmediaciones del Mercado de Las Palmas llevara su nombre que muy pocos conocían, pero que en realidad era el suyo: ANDRES LUJAN DENIZ.

JOSEFINA MUJICA